

taba encima de la Europa, sobre las bases de la república indivisible. Entonces este pacto se volvió todavía mas terrible, y la guerra sagrada, que los Musulmanes no habian querido declararle en Egypto, le fue jurada como al enemigo comun. La muerte de Luis XVI hirió menos á los reyes, porque esta muerte era un atentado que debia hacer odiosa á la revolucion francesa. El gobierno atroz del comité de salud pública formaba igualmente una monstruosidad análoga á sus intereses políticos; pero el advenimiento del general Bonaparte les pareció insoportable, porque en efecto colocaba sobre el trono á la misma revolucion que le habia producido. Así es que los viejos comensales de la monarquía vieron con horror sentarse en el banquete de los soberanos al soldado cuya legitimidad no era á sus ojos sino la ley de la victoria. Esta proscripción de una naturaleza enteramente nueva como el hombre cuya fortuna amenazaba, empuñaba constantemente la política de los conjurados sin empeñar sus armas. Podian jurarle paz y amistad, aliarse con él, marchar debajo de sus banderas, ayudarle á quitar la corona á algunos individuos de la confedera-

cion; todo habia de intentarse y de aguantarse por todos ó por cada uno de ellos, hasta el momento oportuno para empezar su destruccion. El lazo de esta alianza misteriosa, que desde su triunfo se ha llamado *Santa Alianza*, era *la libertad de la Europa, la salvacion de la Europa*. El plan de la alta conspiracion europea se desenvuelve por entero en la comunicacion de oficio que la Inglaterra hizo al embajador de Rusia en Londres, el 19 de enero de 1805, en contestacion á la del gabinete ruso. El objeto principal era «sustraer á la dominacion francesa, los paises conquistados desde el principio de la revolucion, y *reducir la Francia á sus antiguos límites.*» Se proveia al engrandecimiento de la Prusia y del Austria; se daba al rey de Cerdeña la república liguriana, y cinco meses despues, la Inglaterra y la Rusia que querian disponer de lo que no les pertenecia, se indignaron de la reunion de esta república á la Francia.

Así se arregló en 1805, la catástrofe de 1814; así todo, hasta la paz que se habia de firmar con Napoleon, todo debia conducirle á su ruina; así la alianza orgánica que se renovó entre los soberanos, en 1805, bajo la

dictadura de la Inglaterra y de la Rusia, no pudo ser suspendida exteriormente entre la Inglaterra y el Austria por las desgracias del emperador Francisco; pero volvió á aparecer á las claras cuando Napoleon tuvo que recelar del Austria, ó cuando se halló en la precision de reclamar sus tratados con aquella potencia. Así es que la Inglaterra que acababa de negociar con ventaja en Constantinopla, donde la muerte de Selim habia mejorado su situacion, tuvo que agradecer al Austria sus buenos oficios en esta circunstancia importante, y no se contentó con servir á la Inglaterra con respecto al gabinete turco, lo mismo hizo con el gabinete prusiano; pero Federico-Guillermo se acordó que debia á las solicitudes de Alejandro en Erfurth, la evacuacion de su territorio, y una rebaja de veinte millones de francos sobre las contribuciones impuestas por el vencedor, y se mantuvo firme en el sistema que seguia el autocrata ruso. Con todo, hubo negociaciones entre las cortes de Viena y de Berlin, pero el monarca las ignoró. En aquella época se hizo el primer ensayo de convenios estipulados por el ministerio prusiano sin anuencia del rey. Entonces empezaron á or-

ganizarse, en todas las universidades de Alemania, las asociaciones secretas que, bajo el nombre de *Tugendbund*, contribuyeron con tanta eficacia á la libertad de la patria alemana, pero que, despues de la victoria, tuvieron que arrepentirse de haber trabajado únicamente para asegurar los tronos y la Santa Alianza.

En cuanto á la Rusia, su tratado con Napoleon daba poco cuidado al Austria. Se decia que el viage á San Petersbourg del rey y de la reina de Prusia habia tenido por resultado unos empeños poco favorables á la Francia; se sabia en Paris y en Viena que algunos oficiales rusos disfrazados seguian el cuartel general austriaco. La obra del coronel Boutourlin, edecan del emperador Alejandro, ha aclarado muchas de las dudas de aquel tiempo, pues dice positivamente que Alejandro, cuando firmó el tratado de Tilsitt, tenia por objeto principal ganar tiempo y prepararse á sostener la lucha con vigor. El coronel declara tambien que la parte que tomó la Rusia en la guerra contra el Austria, en 1809, fue fingida, y que no podia excusarse de aparentar una union íntima con la Francia, *porque sus ejércitos se*

hallaban ocupados en Suecia y en Turquía. Entretanto, Napoleon, que ignoraba todas estas intrigas, se dirigia francamente al conde de Romanzoff en Paris, para que interviniese en nombre de su corte entre el Austria y la Francia. Ocupado imperiosamente de la España, estaba muy ageno de querer pelear á cuatrocientas leguas de Madrid. Todo lo que se acaba de referir explica el motivo porque esta negociacion no pudo tener resultado. Napoleon tenia menos motivos de sospechar la buena fe de Alejandro en esta circunstancia, cuanto que en aquel mismo momento, M. de Romanzoff conferenciaba con él sobre un plan relativo á la Persia y á la India; la negociacion era muy secreta y los papeles relativos á este negocio han pasado de una cartera á otra en 1814. El Austria, pues, asegurada con las disposiciones de la Rusia y de la Prusia y hallándose pronta, declaró en 1809 que su ejército estaba sobre el pie de guerra, protestando siempre de sus intenciones pacíficas y amistosas; los únicos agravios que articulaba eran la vuelta repentina de Napoleon, y la orden dada á los príncipes de la confederacion de disponer sus contingentes. Pero esta potencia no podia

ya adormecer á Napoleon y cogerle de improviso; estaba de vuelta en el centro de su gobierno, y su presencia bastaba para imponer á las maquinaciones que se urdian contra su autoridad.

La lucha continuaba en España. El 27 de enero el Ferrol se rindió al duque de Dalmezia, que halló en el puerto once navíos de línea, tres fragatas y mil y quinientos cañones. En seguida, el mariscal se puso en marcha sobre Oporto, tomando de paso á Vigo, que capituló. En fin, la gran ciudad de Aragon, la verdadera ciudadela de la insurreccion española, Zaragoza fue tomada el 21 de febrero por el duque de Montebello, que desde el 20 de enero habia tomado el mando de aquel sitio memorable para siempre, y en donde los sitiados desplegaron todo cuanto el fanatismo puede producir de ferocidad y de barbarie. Los vencedores y los vencidos se admiraban igualmente de sus esfuerzos recíprocos. Zaragoza, defendida por la rabia y la desesperacion, aguantó veinte y ocho dias de trinchera abierta, despues de ocho meses de ataque, y resistió todavía durante veinte y tres dias de calle en calle y de casa en casa. Cada monas-

terio, cada iglesia se parecia á una fortaleza sagrada, que habia de capitular. Todos los habitantes, hombres, mugeres, niños, sacerdotes y frayles, tomaron parte en los combates; los mas perecieron y los Franceses tomaron posesion con dolor de un inmenso recinto lleno de ruinas ensangrentadas. Solo quedaban en pie las horcas levantadas para colgar á cualquiera que hubiese hablado de rendirse. Esta floreciente y antigua ciudad pudo llamarse la ciudad de los difuntos; mas de cuarenta mil habitantes de toda edad y de todo sexo, inflamados en la defensa, llenaban las calles, las avenidas y los soportales. Una epidemia horrorosa iba á acabar con los que habian sobrevivido, pero el mariscal Lannes hizo salir inmediatamente para Bayona quince mil prisioneros que hubieran perecido en pocos dias. Se hallaron en la ciudad cien mil fusiles, todos de fábrica inglesa, y doscientas piezas de cañon. Los infelices habitantes pertenecian á la humanidad del vencedor; el mas valiente de los Franceses, el noble mariscal Lannes tomó á su cargo pagar esta deuda de la victoria. Los restos de la poblacion de Zaragoza no lo olvidarán nunca y se mostraron sino sumi-

sos, á lo menos agradecidos. Pero una virtud antigua é inexorable, el patriotismo que nunca puede transigir sobre los grandes intereses de la independenciam y del honor del pais, tomó nuevas fuerzas sobre las ruinas de Zaragoza.

Las armas francesas se ilustraban en cualquiera parte que se mostrasen. El 25 de febrero, el general Gouvion San-Cyr tuvo un encuentro glorioso en Vals, cerca de Tarragona, con una division española, y se apoderó de su artillería. El 27 de marzo, el general Sebastiani ganó la batalla de Ciudad Real; el dia siguiente, el duque de Belluno deshizo completamente en Medellin al general Cuesta y envió sus avanzadas hasta las puertas de Badajoz. En Portugal la fortuna nos favorecia todavía mas, pero fue menos fiel á nuestras armas. La segunda expedicion mandada por el duque de Dalmacia contra ese reino sin soberanos empezó con la toma de Chaves, en donde habia un inmenso depósito de artillería. El 13 de marzo, los Portugueses, despues de una larga resistencia, sucumbieron en el combate de Laudozo. En fin, el 29, se dió la gran batalla en que el obispo de Oporto mandaba sus conciudadanos. La victoria del duque de

Dalmacia fue completa; veinte mil Portugueses perecieron en esta terrible accion, de cuyas resultas cayó en manos de los Franceses la segunda ciudad de Portugal, y la mas inglesa despues de Lisboa.

El espíritu de Napoleon animaba todavía á los ejércitos franceses en la Península.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

QUINTA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

REVOLUCION EN SUECIA. — GUERRA DE AUSTRIA. — SEGUNDA EVACUACION DEL PORTUGAL. — TOMA DE VIENA. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS AL IMPERIO. — BATALLA DE ESSLING.

(1809)

Un acontecimiento, que hubiera sido una fortuna para los historiadores de nuestra edad, sino fuerap por el despotismo que ejerce la revolucion francesa sobre todos los hechos contemporáneos, vino de repente á sorprender la Europa; el rey de Suecia abdicó la corona. Sin duda esta abdicacion era de poca importancia, comparada con las de Cárlos IV y de Fernando VII; pero presentó un carácter muy diverso, pues los